

## ESCULTURA ROMANTICA

P O R

FRANCISCO DE LA MAZA

*A Carlos Pellicer.*

**L**A escultura neoclásica en México, la iniciada en las postrimerías del siglo XVIII con la Academia de San Carlos, no murió con la Independencia. Al contrario, el Romanticismo le dio mayores alas y continuó su trayectoria durante todo el siglo XIX.

Entre la obra de Manuel Tolsá y la de Manuel Vilar existen esculturas de importancia, pero como se encuentran arrinconadas en los templos o perdidas en los cementerios, no han sido conocidas como es debido.

Suele llamar más la atención, por su notoriedad evidente, la escultura que llamaremos "heroica", la que, en plazas y avenidas de las ciudades, recuerda a los grandes hombres en feos mármoles y en peores bronce. Mas no hay derecho a ver solamente de soslayo la que se refugia, con un secreto alarde vanidoso de perpetuación, en lugares de dolor o de plegaria.

\* \* \*

La escultura funeraria no fue muy abundante en la época colonial. Sin embargo, allí están —por milagro— las del obispo Santa Cruz, en Puebla, y la de Medina Picazo en México. Pero el vandalismo eclesiástico ha hecho trizas la mayoría de las esculturas, los relieves y las lápidas funerarias de los templos, para "limpiarlos" de todo barroquismo (en el siglo XIX) y de todo romanticismo (en el siglo XX).

Cuando se “renuevan” los templos; cuando se cambian los pisos —casi no hay ninguno que mantenga los antiguos— se destruyen, se raspan, se tiran a la basura sin el menor respeto, las losas sepulcrales que en ellos había.

Y hay que recordar que no son las laudes funerarias una pura frivolidad inútil. Representan un momento dado de la memoria misma de la humanidad —es decir, de la Historia— y son, para los que quedan, un consuelo, un atar la caducidad de la vida, como un desesperado *carpe diem* que quisiera detener el tiempo ante el avance fatal de la muerte y de la nada.

Existen —todavía— lápidas venerables por su antigüedad en Tepeaca y Huejotzingo. Por su importancia histórica, como la del virrey Bucareli, en la Basílica de Guadalupe (haciéndose polvo con el roce de los pies de la multitud y a ningún abad se le ha ocurrido ponerle un pequeño barandal para salvarla de su próxima destrucción); como la de la capilla de Merced de las Huertas; como la del obispo Palafox, en la Catedral de Puebla (sin los restos, por cierto, que yacen en Burgo de Osma, y que ningún poblano se ha preocupado de que, según expreso deseo del ilustre obispo, reposen en la Catedral que él, justamente, construyó); como la de la virreina Iturrigaray, ahora en la parroquia de la Candelaria en Tacubaya, y algunas más.

\* \* \*

Cierto es que resulta incómodo y desconcertante ese mosaico que formaban los pisos de las iglesias coloniales, con manchas de todos colores, de las losas sepulcrales, pero ¿por qué destruirlas?

Campeche y Yucatán han sido inteligentes y respetuosos como ningún otro Estado de México. Las lápidas de los muros se conservan en sus sitios y las de los pisos se han colocado en las orillas de los mismos templos o en los presbiterios o en los atrios. Gracias a este cuidado podemos ahora estudiar y dar a conocer algunas obras del arte romántico de México.

\* \* \*

En Campeche, en una iglesia hasta hace poco tiempo convertida en Museo Arqueológico y hoy Biblioteca de la Universidad, existen varias lápidas sepulcrales muy valiosas:

La de don Pedro Manuel de Regil y de su mujer doña María Francisca Estrada, del año de 1855. En ella dos ángeles lloran sentados en la tumba y una hermosa y finamente esculpida guirnalda de flores y capullos hace marco a la escena.

La de don Domingo Trueba, de 1864, es un clásico frontispicio, como la entrada de un templo romano, en donde se agrupan sus numerosos familiares —damas, jóvenes, niños— que lloran cabizbajos ante la urna cineraria.

La de don Joaquín Gutiérrez de Estrada, de 1852, con el busto del difunto prócer en un poderoso medallón. En el paño, a los lados de una minúscula efigie de la Virgen que está sobre un pedestal, los parientes rezan y acompañan al difunto. Un niño, a la izquierda, señala a la *Consolatrix Afflictorum* y una niña le ofrenda un ramo de azucenas. Después, unas figuras femeninas y, en los extremos, dos jóvenes, uno de pie y otro semiarrodillado, terminan el friso.

Pero la obra romántica por excelencia de Campeche es la gran lápida de Fernando Gutiérrez y de María Jacinta de Estrada, de 1834. Fue esculpida en París, por Fessard.

Seis personajes componen este grupo extraordinario: cuatro jóvenes y dos matronas. Los ejes simétricos son bien perceptibles: el joven de la extrema izquierda corresponde con el de la extrema derecha; el que sigue al primero levanta la cabeza y concuerda con la señora que, de rodillas, levanta también la nobilísima cabeza; el de en medio oculta en parte su rostro con la mano, llorando, igual a la dama que, con una rodilla en tierra, inclina la frente apoyada en la mano izquierda.

Rizadas y tumultuosas cabelleras a lo Chateaubriand o Lord Byron, cerradas levitas y capas, en ellos; espléndidas mantillas y amplias faldas a lo Madame de Staël, en ellas; perfiles clásicos en todos.

Hasta hace poco tiempo —antes de ser trasladado el Museo Arqueológico al bastión de San Jorge— estas magníficas lápidas hacían mal juego con las columnas, estelas y relieves del antiguo arte indígena. Ahora, al instalarse la Biblioteca de la Universidad, no sabemos cómo habrán quedado con los estantes de los libros; pero esperamos que estén visibles y nos sigan brindando su belleza, allí, en su propio y auténtico lugar, no en otro sitio.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Han sido trasladadas también al bastión de San Jorge (?).

Menos mal que la burguesía criolla de la primera mitad del siglo XIX distraía sus caudales en dejarnos obras de arte como éstas.

\* \* \*

En la parroquia de Ciudad del Carmen, arrinconada ahora en un hueco del presbiterio, hay una conmovedora losa de una niña muerta. Su fino ropón se borda en el cuello, las mangas y la orla de los pies. Una corona de rosas adorna su cabeza y arriba un angelito regordete le ofrece otra corona, la de la inmortalidad.

Más que muerta la niña, está dormida, pidiendo el *parla basso* de Miguel Angel.

\* \* \*

En Mérida, en la capilla llamada del Divino Maestro, ubicada en la parte posterior de la Catedral, está el más hermoso relieve romántico —y a la vez neoclásico— de México.

Es del año de 1839, y por desgracia, no está firmado. ¿Es de un escultor yucateco? ¿Es europeo? Por la factura parece lo segundo. Tal vez sea italiano. O francés, como el de Campeche.

El epitafio es el siguiente:

D. O. M.  
AQUI YACE  
LA S. D. MANUELA. GUTIERREZ. ESTRADA  
MUGER  
DE. D. JULIAN. GONZALEZ. GUTIERREZ.  
EL. DIA. 2. DE. MARZO. DE. 1839. A. LOS. 35. AÑOS  
3. MESES. Y. SIETE. DIAS. DE. EDAD  
TERNISIMA. ESPOSA. Y. EGEMPLAR  
MADRE. DE. FAMILIA  
EL. MARIDO. Y. LOS. HIJOS. INCONSOLABLES.  
DEDICAN  
ESTE. MONUMENTO. A. SU. MEMORIA  
R. I. P.

Tan romano se sintió el señor González Gutiérrez, que ordenó poner puntos entre cada palabra como en las viejas lápidas imperiales.

El gran relieve tiene tres figuras: la señora, de busto, sobre un pedestal, ocupa el centro. Hermosa y serena, doña Manuela mira impassible

al vacío. A la derecha el esposo está sentado vestido con una amplia capa a la manera de toga clásica, que no impide que enseñe sus modernas botas de cuero. La mano izquierda descansa en el muslo y la derecha abraza la efigie de su esposa.

La figura de la izquierda es de una belleza suprema. Es el Genio de la Muerte, representado por un efebo desnudo que parece escapado de una estela griega. Su cuerpo está de frente, pero su rostro voltea a la derecha y luce un impecable perfil de camafeo.

La cabellera, larga y rizada, cae sobre el cuello y la mejilla haciendo marco a la oreja. Es bello como un idilio de Teócrito, o como aquel *puer horaciano* de *teretis longam renodantis comam* "fino muchacho de larga y trenzada cabellera", de la oda a Petio.

Cruza las piernas con elegante indolencia y un pudoroso velo cubre su muslo izquierdo y el lugar de su sexo inexistente. Su mórbido y terso desnudo es tan perfecto que Canova y Thorwaldsen lo hubieran firmado y Ingres lo hubiera elogiado, ya que, incluso, recuerda vivamente la pintura de su *San Juan Bautista niño* de nuestras Galerías de San Carlos.

La antorcha de la vida aplasta su flama en el suelo como símbolo de oscuridad y de muerte. Una tristeza inefable invade el rostro del mancebo, conciente de que, a pesar de su juventud y su belleza, representa aquí lo efímero y perecedero de la vida.

En el friso hay tres grupos. En el centro están las almas de los esposos, que vuelan de la tierra hacia un resplandor con el triángulo de la Trinidad. Es conmovedora la seguridad con que ella —ya muerta— y él —aún vivo—, ascienden a la gloria. A los lados, simétricamente, seis figuras acompañan la escena como en un antiguo sarcófago romano. Las mujeres se envuelven en peplos, los adolescente emplean sus románticas capas como togas y los niños llevan las calzas de invierno y la toga pretexta.

El remate es un frontón curvo con una guirnalda que recuerda, en pequeño, la del *Ara Pacis*.

Estas esculturas de Campeche y Mérida nos indican, una vez más, que México estuvo a la altura de su momento histórico, en este caso del Romanticismo, que volvió, en las artes plásticas, a las bellas formas del mundo clásico.





1. "Una guirnalda de flores y capullos hace marco a la escena..."



2. "Lloran cabizbajos..."



3. "Los parientes rezan y acompañan al difunto..."



4. "Más que muerta parece dormida..."



5. "Rizadas y tumultuosas cabelleras... espléndidas mantillas... perfiles clásicos..."



6. "El más hermoso relieve romántico de México..."



7. "La esposa, el esposo y el Genio de la Muerte...!"